CAPÍTULO XI

Mlle. de Chartres. — Los motivos de su retiro. — Law. — El apogeo del sistema. — Anécdotas relativas á Law. — Mad. de Tencin. — El presidente Lambert de Vernon. — El duque de Borbón. — La Comont. — El jorobado. — La calle de Quincampoix. — Lagrange-Chancel. — Richelieu sale de la Bastilla. — Los hidalgos bretones. — Concéntranse los poderes en manos del duque de Orleáns.

Poco tiempo antes de que la muerte se llevase á una de las hijas del regente, la religión le privaba de la otra.

Hemos hablado de lo que se decía acerca de Mlle. de Chartres, que era lo mismo que también se dijo de la duquesa de Berry y de Mlle. de Valois. Los motivos que tuvo para retirarse del mundo quedaron ocultos. La princesa Palatina, en sus memorias, confiesa que ella misma ignora lo que hizo desear á Mlle. de Chartres el ser monja.

Richelieu no tiene tanto miramiento, y dice claro que era por celos de la Valois, *y por querer el duque á muchas á la vez.*

Ya había más de un año que Mlle. de Chartres estaba en el convento, en que pronunció sus votos el 23 de agosto de 1718, cuando la nombraron abadesa el 14 de septiembre de 1719.

El empleo de abadesa de Chelles lo compró el

regente á Mlle. de Villars, hermana del mariscal, mediante una renta vitalicia de 12,000 libras anuales.

« Era, según dice Saint-Simón, una abadesa singular: tan pronto austera con exceso, como por el extremo opuesto, no teniendo de religiosa más que el hábito. Ya profesaba la música, como la cirugía, era teóloga, directora, y todo á tontas y á locas, cansada y fastidiada siempre de su posición. Incapaz de perseverar en nada, consiguió permiso para hacer su dimisión en favor de una de *sus mejores amigas* de la casa, en la que, por lo tanto, duró poco tiempo. En fin acabó estableciéndose definitivamente en una bonita habitación del convento de benedictinas de la Magdalena de Tresnel. »

Mientras que Mad. de Berry expiraba, y Mlle. de Chartres se nombraba abadesa, y trocaba su dignidad de tal con el humilde nombre de sor Matilde, la suerte de Law llegaba á su apogeo, y trasladándose todo París á la calle de Quincampoix, cobraba un aspecto raro, cuya causa dimanaba de las metamorfosis sociales que se obraban.

Efectivamente, todos los capitales habían sufrido un golpe; ó venían abajo, ó bien progresaban por aquel fatal vértigo que se había apoderado de toda la Francia: iban de las provincias, llegaban de Inglaterra y hasta de América, para hacer ese juego de acciones ú operaciones bursátiles que levantaba ó destruía las fortunas, ó llámense capitales, en un abrir y cerrar de ojos. Desde el 3 de enero hasta el 1º de abril no más, emitió Law, en virtud de reales órdenes, por valor de 72,000,000, en billetes de cambio.

Las mujeres principalmente eran las que más codiciaban ese extraño juego. Acosado cierto día, hasta en su misma alcoba, por dos de aquellas que á viva fuerza

solicitaban acciones, probó el que se fuesen á la sala siquiera, pretextando que le urgía una necesidad indispensable, y que las rogaba le dejasen satisfacerla.

— ¡ Bah ! respondieron, eso no obsta para que nos escuchéis.

Otra señora que se llamaba Mad. de Bouchu, que dos ó tres meses hacía que perseguía á Law, sin haber podido conseguir el hablarle, supo que iba á comer éste en casa de Mad. de Simiane, y á pesar de no conocerla, fué á pedirla que la permitiese comer con ella aquel día. Trató la señora de excusarse con que tenía convidado á Law, pero Mad. de Bouchu añadió, que precisamente por eso era por lo que quería ella quedarse; pero por más instancias que hizo, se obstinó en negárselo Mad. de Simiane, temiendo incomodar á su huésped, y se despidió hecha una furia la Bouchu.

Á media comida se oyó gritar á fuego en la calle, á esta voz todos los convidados de Mad. de Simiane se arrojaron fuera de la casa á ver en donde estaba el incendio. Law sin recelo alguno salió también como los demás, pero la jugadora le esperaba en el umbral de la puerta, y Law cogido en el garlito, se vió obligado á cambiar por oro cuantas acciones llevaba consigo.

Otra hubo que mandó la llevasen á la calle donde vivía Law, dando orden á su cochero para que volcase precisamente delante del palacio del gran financiero: al llegar allí, como el piso era llano, y al pobre diablo del cochero le costaba mucha dificultad el obedecer las órdenes de su ama, la oían gritar desaforadamente por la puertecilla: ¡ pero vuelca, bribón ! ¡ vuelca ya ! En fin, lo consiguió, y á los gritos que dió la dama, salió Law y se aproximó, al ver un carruaje volcado, con el objeto de socorrer á la persona que estaba dentro. Cabalmente era lo que la señora quería; asióse al faldón de la casaca de Law, y no lo soltó hasta que hubo conseguido lo que deseaba.

El cochero de Law era uno de los que habían hecho una suerte más colosal. Pidió á su amo licencia para dejar su servicio, y se la concedió con la condición de que le proporcionase en su reemplazo otro cochero, de quien era preciso que respondiese como de sí propio.

Al día siguiente el rico cochero se presentó con otros dos.

— Señor, dijo, aquí tenéis lo que me habéis pedido.

— Pero yo no encargué más que un cochero, respondió Law.

— Oh ! eso no importa, señor, dijo el criado; escoged el que gustéis, que yo me quedaré con el otro.

Law escogió á la ventura, y por cierto que nunca tuvo un cochero tan excelente.

La primera vez que el enriquecido quiso probar su carruaje para dar un paseo, después de examinarlo detenidamente con su buen criterio, se olvidó de que el coche era suyo, y como de costumbre se disponía á subir al pescante.

— ¡ Eh ! señor, ¿ qué vais á hacer ? le dijo el cochero, el coche es vuestro.

— ¡ Ah ! es verdad, respondió, se me había olvidado.

Y se metió dentro.

Dos señoras, madre é hija, que estaban en la Ópera, vieron entrar á una mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años cargada de diamantes y encajes, cuyo valor hacía resaltar mucho más su figura ordinaria, la cual se sentó á corta distancia de ellas.

— Pero mamá, dijo la hija, ¿ no reparáis en aquella señora tan compuesta ?

— ¡ Y qué !

— ¿ Cómo qué? si es María, nuestra cocinera.

— Callaos, hija mía, respondió la madre, no digáis semejantes disparates.

Á todo esto la señora de los encajes y diamantes que había oído el diálago se levantó, y saludando á la de más edad:

— ¡ Pues bien ! sí, señora, la dijo, yo soy María la cocinera, he ganado mucho dinero en la calle de Quincampoix, me gusta componerme, he comprado ricos trajes y los he pagado, ¿ podéis decir otro tanto con respecto á los vuestros?

Imposible era que el regente negase la administración de las rentas á un hombre tan popular, así es que se trató de conferírsela, y no hubo otro motivo para no acordarlo al instante que el de que Law no era católico.

Por fortuna era Law tan poco escrupuloso, que abjuró ante el cura Tencin, hermano de la famosa Mad. de Tencin, que dos años antes dió tanto que hablar.

Digamos algo de paso acerca de aquella señora. Sus parientes hicieron que fuese monja, á su pesar, del convento de Montefleury, cerca de Grenoble, así es que al mismo tiempo que profesaba, discurría el medio de quebrantar sus votos. Su confesor la vino de perilla, pues se hizo tan complaciente y la cobró tanto afecto, que por su parte no resistió á aquella inclinación; le faltaba un protector, y ¿ quién podía serlo mejor y más decidido que el que la demostraba tantas simpatías? Queriendo su confesor evitar que se hablase de su íntima amistad con Mad. de Tencin, se valió de toda su influencia para complacerla, y no tardó en ser nombrada canonesa de su orden en un capítulo de Neuville. En tal estado, quedó tan libre como podía apetecer, pero no la bastó eso. Su ambición quería un círculo

mayor. Fué á París con el objeto de captarse la preferencia del regente y lo consiguió; pero muy poco tiempo después, habiéndose querido mezclar en negocios de Estado :

— Señora, la dijo el regente, mucho amo al bello sexo, más con la condición de que ha de ser ajeno á todo asunto político.

Efectivamente, desde entonces cayó Mad. de Tencin en desgracia.

Pero al perder el favor del regente, no cayó más que desde un escalón, y se detuvo en Dubois, que después de aquél era, ya que no la persona de más respeto, al menos la más importante de Francia.

Mad. de Tencin era á la vez la buena amiga y la espía de Dubois.

Espía tanto más temible, cuanto que era una adorable criatura, joven y bonita en el tiempo á que nos referimos, con un talento tan especial, que, según dice Duclos, siempre era superior á la persona con quien hablaba.

La apostasía de Law le valió al cura Tencin la embajada de Roma.

No fué mucho el precio, si se atiende á que Law conseguía todos los días unos decretos de tal naturaleza, que por fuerza, la tormenta que poco á poco se levantaba contra él, había de desplomarse algún día sobre su cabeza con rayos y centellas.

Desde luego se prohibió por un decreto del consejo hacer ningún pago en moneda de plata que excediera de 600 libras. Algunos meses después se dió otro, por el que dichos pagos no se podían hacer en plata por más de 10 libras, y en oro por más de 300. Por fin, el último prohibía que nadie, sin excepción alguna, bajo pena de multa, pudiera tener más de 500

libras en plata acuñada, haciendo extensiva la prohibición á las comunidades religiosas y seculares.

La tercera parte de la cantidad que se encontrase al que contraviniera, quedaba como prima, ó llámese premio concedido á los delatores.

Muy en breve todas las existencias en dinero se convirtieron en papel, dando más valor á las acciones del banco, en términos, que si se ha de dar crédito á M. de Necker en la respuesta que dió á Morellet, ascendieron en 1767 á la suma de seis mil millones.

El canciller de Ponchartrain remitió él solo, y de un golpe, al banco 57,000 luises, de valor entonces 72 francos la pieza.

Pero no todas las autoridades tenían, ni esa confianza en el banco, ni esa obediencia á las órdenes. Cierto día, el presidente Lambert de Vernon se presentó al regente, y después de haberle saludado humildemente.

— Monseñor, le dijo, vengo á denunciaros á uno que tiene en su casa 500,000 libras en oro.

— ¡ Ah! señor presidente, exclamó el duque con un ademán despreciativo, ¿ á qué diablo de oficio os habéis dedicado?

— Pero, monseñor, contestó el presidente, yo obedezco la ley que V. A. misma ha cumplido.

— La ley, la ley, tartamudeó el príncipe como confuso.

Mas el presidente continuó :

— Cálmese V. A., la persona que voy á delataros soy yo, y os digo al mismo tiempo, monseñor, que prefiero mi oro á todos los billetes de banco que hay en el mundo.

Lambert de Vernon, gracias á este paso que dió,

conservó sus 500,000 libras, y se alegró mucho cuando llegó la hora del descrédito.

Por lo que respecta á Law, cambiaba su dinero, no por papel, sino por fincas. En su primera jugada compró al conde de Evreux, mediante la suma de 1,800,000 libras, el condado de Tancarville, en Normandía. Ofreció al príncipe de Carignan 1,400,000 francos por el palacio de Soissons. Á la marquesa de Beuvron 500,000 libras por su terreno de Lillebonne; y finalmente, al duque de Saboya 1,700,000 por su marquesado de Rosny.

En cuando al regente, por el contrario de Law, no sacaba otro provecho de sus ganancias que el de repartirlas á todo el mundo, pero no en monedas de oro, sino en un diluvio de papel.

Dió un millón al hospital general de París, otro al hospicio, otro millón á los niños expósitos, destinó 1,500,000 libras para redimir á los presos por deudas; por último, al marqués de Nocé, al conde de la Mothe y al conde de Roye les entregó á cada uno 70,000 libras.

El duque de Borbón no siguió el mismo ejemplo ; ganó sumas considerables ; reedificó Chantilly, y compró todos los bienes que le acomodaron. Tenía mucha afición á los animales feroces y mandó construir una casa de fieras mejor que la del rey. Le gustaba el lujo de las corridas de caballos, y en una vez sola mandó que le llevasen de Inglaterra ciento cincuenta, que le costó cada uno de 1,500 á 1,800 francos. En una función solamente que dió al regente y á la pobre duquesa de Berry, y que duró cinco días con sus cinco noches, se gastó cerca de 2,000,000.

Entre las fortunas colosales que se crearon, se cita la de una mujer llamada la Caumont, que hubo veces que reunió 70,000,000 en billetes del banco.

Un jorobado ganó en pocos días 150,000 francos, con solo prestar su giba á guisa de pupitre á los agiotistas.

Ya hemos dicho que en la calle de Quincampoix era donde se hacían los agios, porque entonces no se había creado la bolsa, y dichosos los que tenían allí casas; el cuarto más pequeño valía de alquiler hasta diez libras diarias. Desde por la mañana temprano, estaba la calle obstruida por los jugadores, y en el resto del día se estrujaba la gente; á la tarde tocaban una campana para que todos se marchasen, pero no bastaba el aviso, y era preciso que las patrullas evacuasen las calles. Sin esta medida se hubieran quedado los jugadores hasta el día siguiente, durmiendo en los poyos y en las puertas cocheras.

Entretanto todo el negocio sobre la conspiración de Cellamare se había vuelto agua ó poco menos.

El príncipe, según se ha dicho, fué el primero á quien soltaron, haciéndole volver á España.

El regente mandó llamar á Lagrange-Chancel, el autor de las filípicas, y le preguntó si efectivamente sentía todo lo que había dicho de él.

— Sí, monseñor, le respondió descaradamente el poeta.

— Tenéis suerte, continuó el regente; porque si hubierais escrito tales infamias contra vuestra convicción, os hubiera mandado ahorcar.

Se contentó con desterrarlo á las islas Margaritas, en donde estuvo tres ó cuatro meses. Pero al cabo de dicho tiempo, habiendo propagado los enemigos del príncipe la noticia de que lo había mandado envenenar, creyó aquél que el mejor medio de desmentir esta nueva calumnia era el de abrir las puertas de su prisión al supuesto difunto, quien se dió prisa en volver á París, con más odio y más hiel que nunca.

En cuanto al duque de Richelieu, cayó enfermo en la Bastilla; expusieron al regente que si el preso tenía la desgracia de morir en la cárcel, se levantaría contra semejante crueldad un cúmulo de maldiciones que empeñarían su memoria. El duque se convenció, y permitió que saliera desde luego Richelieu, pero con la condición de que el cardenal de Noailles y la duquesa su suegra irían á buscarle á la Bastilla y lo retendrían en Conflans, hasta que estuviese en estado de ir á su dominio de Richelieu, en donde permanecería hasta nueva orden.

Por consiguiente, salió de la cárcel el 30 de agosto de 1719, se trasladó á Conflans, cuyas paredes escalaba á los ocho días, y cuando se disponía á irse á su destierro, le concedieron el permiso de pasar en San-Germán todo el tiempo que había de durar su confinamiento. Á los tres meses hizo su visita de reconciliación al regente, y éste, que no sabía aborrecer, le alargó la mano y lo abrazó.

Al duque y á la duquesa de Maine los habían llevado, al uno al castillo de Dourlans, y al otro á la ciudadela de Dijon. Ambos salieron en libertad antes de expirar el año por haber desarmado al regente, el duque con una negativa absoluta, y la duquesa con una completa confesión. Los dos encontraron en Sceaux al marqués de Pompadour, al conde de Laval, á Malecieux y Mlle. de Launay, que habiendo salido antes que ellos de su prisión, los esperaban para comenzar aquellas hermosas diversiones que Chaulieu, pobre ciego, llamaba las noches toledanas de Sceaux.

Con respecto al cardenal de Polignac ni siquiera lo prendieron, contentándose el regente con desterrarlo á su abadía de Anchin.

Llamó bastante la atención cuando se supo en París,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

á fines de noviembre, la prisión de cuatro hidalgos bretones, cuya causa tenía ilación con la del príncipe de Cellamare.

Eran los cuatro: MM. de Pontcalet, de Talhouet, de Mont-Luis y de Couedic.

En el trascurso de aquel año y del precedente, se obró un gran cambio en la política interior. Á fin de popularizarse, la regencia se apoyó en el parlamento y en la nobleza.

Se había resistido á aquel poder soberano que tan pesado fué en las manos de Luis XIV. Quisieron probar si era posible gobernar con el sistema de las utopías de Fenelón y del duque de Borgoña. Pero presto se tocó con la dificultad de que al conceder al parlamento el derecho de representar renaciese la oposición, y que cuando se establecieron los consejos de regencia se tocasen estorbos. Por eso se le fué quitando poco á poco dicho derecho al parlamento, y aboliendo los consejos, reemplazándolos con los secretarios de Estado.

Con el tiempo fueron estos mismos contrarrestados por una voluntad sola. El gobierno del regente comprendió que toda su fuerza consistía en la unión ó concentración; y el 31 de diciembre de 1719, en lugar de los setenta ministros que componían todos los consejos de la regencia, quedaron solamente:

Dubois, secretario de Estado y de Negocios extranjeros.

Leblanc, secretario de Estado y de la Guerra.

Argensón, guarda-sellos.

Y Law, administrador general de Hacienda.

Los cuatro eran en cuerpo y alma todos del regente.

CAPÍTULO XII

Alberoni. — La reina de España. — Su influencia. — Laura Piscatori. Caída de Alberoni. — Carta del rey. — Destierro. — La paz general. — Los bretones. — M. de Montesquieu. — Pontcalet. — Mont-Luis. — Talhouet y Ducouedic. — Sentencia. — El conde de Horn y Lorenzo de Mille. — El caballero de Etampes. — Suplicio. — Carta del príncipe de Horn. — Genealogía del sistema. — Su caída. — La epidemia de Marsella.

Según hemos visto en el capítulo anterior, los primeros sucesos de la guerra no fueron favorables á la causa de Felipe V. Atravesando el ejército francés el Bidasoa, ocupada por capitulación Fuenterrabía, tomado por asalto San Sebastián, tres buques quemados en el puerto de Centena, conquistada por el mariscal de Berwcik la ciudad y castillo de Urgel, la ciudadela de Mesina en poder de los imperiales y de los Ingleses, todo esto había dado en que pensar al rey de España, y el resultado de sus reflexiones fué el que todas estas catástrofes eran hijas de la ambición de Alberoni.

Pero no por eso dejaba éste de continuar á la cabeza del ministerio español. Alberoni tenía influencia en todos los grandes negocios del orbe; y la sabiduría eterna que forma los acontecimientos antes de que los historiadores los escriban, tenía señalado que desde la